

Mas ni con este tan gran milagro se movió aquella bestia fiera, ni desistió de su crueldad, por estar obstinado y tomado del vino de la infidelidad. Y así la mandó luego como estaba desnuda estender en un cierto ingenio de madera: y allí mandó à los verdugos que rasgasen y arassen sus carnes con garfios de hierro. Mas ella levantando sus ojos al cielo, fue tan poderosamente confortada, que cansados los verdugos del continuo trabajo, ella estaba con un animo y rostro tan sereno, como si ningun dolor padeciera. Con lo qual el tyranno desatinaba, y estaba perplexo, no sabiendo de qué manera atormentaria la Virgen. Estaba todo el rostro dél mudado, y saltaba en la silla, ni podía caber dentro de sí con la rabia y furor que padecía. Y como ya él estaba como loco y sin juicio, el demonio (de que estaba vestido) le dixo, que mandasse cortar à cercén ambos los pechos de la Virgen, que era cosa de gravissimo dolor, por estar estas dos partes del cuerpo tan cerca del corazon. Mas la Virgen que estaba mas encendida en el amor de Christo, que el tyranno en su furor, despreciaba lo que era menos por lo mas.

Y tras desto el tyranno deseando vencer aquella admirable fortaleza de la Virgen con la terribilidad de los tormentos, mandó que le arrancasen las uñas de los dedos. Mas ella como si fuera insensible à los dolores, daba gracias à Dios, por averla tenido por digna de ser semejante à él, y compañera de sus pasiones: y junto con esto deshonoraba los dioses del tyranno, llamandolos tinieblas, y engaño del mundo, y demonios, y otros nombres ignominiosos. Lo qual no pudiendo sufrir el tyranno, mandó que estirandole la lengua de la garganta se la cortassen, y con ella le arrancassen los dientes. Mas la Virgen no desmayando ni remitiendo nada de su constancia, perseveraba dando gracias à Dios, y rogandole diesse buen fin à su martyrio, y pidiendo salud à todos los enfermos que se la pidiessen por

ella. Sonó luego una voz del cielo diciendo, que le era otorgado todo lo que pedia. Y hecha esta oracion, dixo al verdugo: Haz lo que te es mandado: y ella sacó aquella lengua que siempre se ocupaba en las alabanzas divinas, la qual fue luego cortada, y los dientes arrancados, y la boca quedó hecha una fuente de sangre con la qual se teñía toda la vestidura de la Esposa de Christo, mas preciosa que todas las purpuras de los Reyes.

En este tiempo fatigada la Virgen con sed, pidió un poco de agua, la qual le dió un hombre llamado Cyrillo, que era Christiano, aunque no era conocido por tal. Y por este beneficio recibió un grande galardón, porque por un jarro de agua fria alcanzó la corona del martyrio. Porque como supiesse el tyranno que este hombre avia dado agua à la Virgen, no solo por natural compassion de sus dolores, sino por comunicar con ella en la misma fé, le mandó luego matar: y con esto dió sentencia definitiva que la Virgen fuesse degollada, y así le fue cortada la cabeza fuera de la ciudad, y su cuerpo estuvo por algunos dias en el suelo, pero sin ser tocado de las aves del ayre, ni de las bestias de la tierra, las quales en su manera reverenciaban aquellas heridas recibidas por el comun Señor.

Y despues por especial providencia suya fue entregada à la bienaventurada Sancta Sophía que la avia criado y enseñado: en lo qual cumplió Dios su peticion, y dió el descanso que sus entrañas deseaban. Porque siendo presa la Virgen, y llevada al martyrio, la Sancta maestra suya temia y temblaba, rezelando el peligro de los tormentos: y por esto postrada en tierra, con encendidas oraciones y rios de lagrimas, rogaba à Dios que la Virgen no desmayasse con la fuerza de los dolores.

Mas despues que se dió fin glorioso à su martyrio, vino un Angel del Señor y libró à la maestra de aquel temor y cuidado, dandole alegres nuevas del fin

fin glorioso de la Virgen; y junto con esto la llevó adonde estaban las reliquias de su cuerpo adornadas con la confesion de la fé, y con la vestidura del martyrio, que era lo que ella deseaba. Entonces abrazando ella todas aquellas preciosas reliquias, y besando cada uno de aquellos miembros, y derramando sobre ellos muchas lagrimas de alegría, decia: Hija mia dulcissima; hija mia muy amada, hija que yo crié con toda diligencia en ejercicios virtuosos, y en silencio, y en trabajos, gracias te doy porque no despreciaste mis consejos, y porque guardaste fielmente lo que me prometiste, y te presentaste à tu Esposo Christo, adornada con la vestidura de la virginidad, y heroseada con las heridas del martyrio, y coronada con corona de piedras preciosas, y agora moras en el lugar del tabernaculo admirable (a), que es la casa de Dios, donde habitan los que siempre se alegran con su presencia. Por tanto te ruego, muy amada hija, y espiritual madre (porque así conviene que te llame) que me seas en esta breve y caduca vida buena curadora y ama de mi vejez, aplacando por mí al comun Señor, y rogandole por mí quando saliere desta vida. Pues como esta piadosa y religiosa vieja (que tan bien sabia parir y criar tales hijas) abrazasse y compusiesse con sus manos las sanctas reliquias, y no tuviesse fuerzas para llevarlas, ni hallarse medio para esto, y así estuviesse muy congoxada y afligida, vinieron subitamente dos hombres en habito y forma de mucha reverencia, y tomando en sus manos las sanctas reliquias, y llevandolas en compañia de su maestra, las sepultaron honrosamente junto à la ciudad de Roma, à gloria de Dios Padre, y de su Unigenito hijo Jesu-Christo, que vive y reyna en los siglos de los siglos. Amen.

(a) Psal. 41. (b) Niceph. lib. 7. cap. 14.

ES tan grande, tan dulce, y tan admirable el fruto que se recibe de la historia de los sanctos martyres, que demás de lo arriba escripto, no puede dexar de dar parte al Christiano lector de la consolacion que yo recibí leyendo estos tres martyrios que aquí escribo: el uno desta Virgen nobilissima, por nombre Anastasia, de edad de veinte años: y otro de un Obispo, no menos noble, y de la misma edad, por nombre Clemente: y el tercero de un compañero y discípulo suyo, aun de menor edad, llamado Agathángelo; ambas escriptas por Simeon Metaphraste. Y será bien referir aqui lo que Nicéphoro historiador grave dice (b) del martyrio de Sant Clemente, y de su discípulo, en el libro de su historia Ecclesiastica. Sus palabras son estas.

En tiempo de los cruelissimos Emperadores Diocleciano y Maximiano, padeció un nuevo genero de martyrio Clemente Obispo de Ancyra, con su compañero Agathángelo: porque veinte y ocho años duró la conquista de su glorioso martyrio. Y à mi juicio, despues que Dios crió el mundo, no se han hallado tales martyres como estos dos, que con tanta ventaja sobrepujassen à los que padecieron por fuego, hierro, piedras, y maderos, y à los que pelearon con bestias fieras y suffrieron largas prisiones y carceles, y à los que padecieron de diversas maneras en la tierra, en el ayre, y en las aguas, y à los que fueron martyrizados con grande frio ó calor, y à los que finalmente perdieron la vida con qualesquier penas y tormentos: porque à todos estos con gran ventaja exceden estos dos gloriosos martyres. Los quales primeramente fueron atormentados en Roma, y despues en Nicomedia, suceediendo unos atormentadores à otros, acabando unos y comenzando otros mas crueles que los passados, executando unos un linage de tor-

mentos, y otros inventando otros, hasta que despues de todos ellos experimentados, perdieron la esperanza de vencerlos, y dieron fin à su martyrio, mandandolos degollar. Lo susodicho es de Nicéphoro.

CAPITULO XXII.

Comienza la historia del martyrio del bienaventurado Sant Clemente y de su compañero Agatbàngelo.

EN el año de doscientos y cinquenta despues del nascimiento de nuestro Salvador, siendo Emperador Valeriano, nació esta dichosa planta en la ciudad de Ancyra, que es en la provincia de Galacia. Era este sancto de muy alto y noble linage, y de padres ricos, aunque el padre era infiel, mas la madre que avia por nombre Sophía, era muy Catholica y Religiosa. Muerto el padre en las tinieblas de su error, quedóle este hijo niño que ella criaba à sus pechos. Y despues de llegado à edad de poder ser enseñado, la madre empleaba todo su cuydado en adornarlo de todas las virtudes. Y sintiendo la buena madre que se allegaba el fin de sus días, tomando al hijo (que era ya de doce años) y abrazandolo con grande amor, y deseando hacerle no menos heredero de los thesoros del cielo que de su patrimonio, hablóle desta manera.

Hijo mio, hijo muy amado, hijo, que primero que viesses à tu padre, viste tu orfandad, mas Dios te ha sido padre, y él te ha enriquecido, pues él usó de tu orfandad para tu felicidad. Yo te dí esse cuerpo que tienes, mas Christo te reengendrò con su espíritu. Conoce esse padre, y procura que no tengas esse nombre de hijo en vano. Sirve à solo Christo, y en él pon toda tu esperanza. Cá él es la immortalidad, él la salud, y él es el que decendió del cielo por nuestro amor (a) y nos levantó consigo à lo alto, y hizo sus hijos. Y por tanto quien obedeciere à este Señor y Padre, vencerá

todas las cosas, no solamente à los Reyes y tyrannos que adoran los Idolos, mas tambien à los demonios que moran en ellos. Dichas estas palabras, y sus ojos llenos de lagrimas, comenzó à prophetizar à su hijo lo que le avia de suceder en la vida, y assi le dixo: Ruégote hijo muy amado, por quanto viene ya acercandose una grande persecucion contra la Iglesia, que por todo lo que debes à esta madre que te crió, me otorgues esta gracia, y me dés esta honra, que estés fuerte y constante en la confession de Christo: y yo confio en él, ò hijo mio, que él pondrá en tu cabeza una corona florida de martyrio. Por tanto aparejate con tiempo y con grande animo para esta batalla, porque no te halle desapercibido. Cà no peleamos con flacos enemigos, ni por cosas de poco precio, sino contra muy poderosos adversarios, que son los demonios, y contra sus defensores. Y el negocio de que se trata es la gloria y vida eterna, y la infamia, y tormentos que nunca se acaban. Ni sean parte para vencer tu proposito sus promessas, ni tampoco sus amenazas, porque gran verguenza es, muriendo constantemente los cavalleros por el Rey mortal de la tierra, no querer hazer nosotros lo mismo por el Rey immortal de los cielos: mayormente siendo tan desigual el galardón de los unos y de los otros. Porque qué bien se puede hazer al muerto que nada siente? Mas muriendo por Christo, en premio desta vida mortal se dá la immortal, y por las riquezas y deleytes que corren con el tiempo, se dá bienaventuranza perdurable. Mas qué digo? Por ventura si agora no morimos, no avemos de morir poco despues, y pagar esta comun deuda del genero humano? Mas la muerte que se padece por Christo, no se puede llamar muerte, porque con la esperanza del galardón se alivia el sentimiento de su dolor. Y ante todas las cosas debes considerar hijo, que el hazedor del universo se hizo hombre por nosotros, y vien-

do à la tierra conversó con los hombres, y (lo que sobrepuja toda admiracion) por nosotros siervos ingratos fue el señor de la magestad condenado, escupido, abofeteado, y finalmente muerto. Lo qual todo padeció por nosotros y por nuestra salud, y por librarnos de la tyrannía del peccado, y abridnos las puertas del cielo. Pues en qué razon cabe que padeciendo él tales cosas por nosotros, no padezamos nosotros algo por él? Estas cosas debes hijo mio imprimir en tu corazon, para que no aya cosa que te aparte de la charidad de Christo, no las amenazas de los tyrannos, no nuevos generos de tormentos, no miedo de los Reyes; sino contra todo esto te esfuerzen los bienes que están aparejados à los martyres, y el Reyno del cielo, que es el premio del martyrio.

Estas cosas decia cada día la buena madre à su buen hijo teniendo él ya canas antes de la edad por su gran prudencia. Y estando ella para partir desta vida le dixo: Este es el premio que te pido hijo mio por los trabajos de la crianza, y por los dolores del parto, que sea yo glorificada en los miembros de mi hijo, porque ya yo me aparto de tí, y esta luz sensible mañana me falta: por tanto ruégote, luz y vida mia, y entrañas mias, que no me falte esta esperanza. Una muger Hebrea (a) parió siete martyres, y peleó en siete cuerpos; mas tú solo bastas para mi gloria, y para que sea yo bienaventurada entre las otras madres. Ya yo hijo, me parto de tí, y mi cuerpo se apartará de tus suavissimos ojos, mas mi anima estará siempre pendiente de la tuya, con cuya virtud confiadamente me presentaré ante el tribunal de Christo, gloriandome en tus trabajos, y en las señales de las heridas que recibirás por él. Esto decia la buena madre à su hijo, y juntamente besaba todos sus miembros diciendo: Dichosa yo que beso los miembros de un martyr, y los miembros que se han de ofrecer à Christo en sacrificio:

Tom. IV.

y diciendo esto, y abrazandolo, y hablando dulcemente con él, acabó en paz, encomendando su espíritu à Dios, y el cuerpo à las dulces manos de su hijo.

Entonces el piadoso hijo sepultado honrosamente el cuerpo de su madre, tomó el estado de la vida monastica, cumpliendo en esto el mandamiento de su madre, que era dexar el mundo, el que despues por Christo avia de dexar la vida. Quedando él pues en esta edad huerfano de padre y madre, tomó à Dios por padre, el qual le proveyó de otra madre que en el nombre, y en la nobleza, y en la sanctidad y riquezas era semejante à la primera, porque tambien se llamaba Sophía: la qual noche y dia se ocupaba en la oracion. Y aviendo sido ella muy deseosa de tener hijos, carecia dellos. Mas la divina providencia que dende lo alto provee todas las cosas, no consintió que su siervo en aquella tierna edad careciesse de madre, y assi le proveyó desta. La qual como muger sancta y sabia, criaba este nuevo hijo con tanto amor y cuidado, como si ella lo pariera; y no era menor el amor y reverencia que él tenia à ella. Comenzó luego el sancto mozo como tierra fértil à dar frutos de bendicion. Porque aviendo una grandè esterilidad y hambre en la tierra de Galacia, él recogia los niños huerfanos y pobres que andaban por las calles hambrientos y desnudos, y vestialos, y mantenialos, dandole para esto su buena madre con mucha alegria todo lo necesario para el reparo de sus cuerpos: mas él tomaba à su parte el cuidado de las animas, criandolas en toda virtud, y en la fé, y amor de Christo. Y con este cuidado y doctrina, de tal manera les aprovechó, que andando el tiempo, vinieron à padecer con él. Y desta manera la buena Sophía que antes carecia de hijos, vino à tener muchos y muy virtuosos. Mas Clemente en este tiempo, desechando de sí todo regalo del cuerpo, se mantenía con solas legumbres, acordandose de aque-

(a) 2. Machab. 7.

Oo

Ilos

llos tres santos mozos que usaban deste manjar, mediante el qual, ni el fuego de los vicios, ni el del horno de Babilonia pudo nada con ellos (a).

Mas porque convenia que la candelá se pusiese sobre el candelero de la Iglesia, ordenó Dios que el que resplandecía con tantas virtudes, enseñasse à otros el camino de la salud. Y assi por comun consentimiento de los moradores de Galacia le dieron primero cargo de proponer la palabra de Dios, y poco despues fue ordenado de Diacono y Sacerdote: y passados dos años, quando él cumplia los veinte, viendo el pueblo en aquella ciudad las canas y madurez de la virtud, le escogieron por Obispo. Y puesto en esta dignidad, comenzó à tener mayor cuidado de los huérfanos, enseñándolos toda buena doctrina, y administrándoles el santo Baptismo. Y à fama desta buena institucion acudian à él de los lugares comarcanos muchos padres, ofreciéndole sus hijos para que él los doctrinasse, los quales él criaba y enseñaba como si fueran sus propios hijos. Estos fueron los primeros frutos desta buena planta.

§. I.

Del principio del Imperio de Diocleciano, y del martyrio de Sant Clemente.

MAs tiempo es ya que vengamos à tratar de su martyrio. Para lo qual es de saber, que en este tiempo comenzó à imperar Diocleciano: el qual luego en el primer año de su malvado Imperio, embió edictos à los Adelantados de todo el Imperio Romano, mandándoles que à fuerza de tormentos desterrassen del mundo el nombre de Christianos, prometiendo grandes premios y favores à los que en esto pusiessem mayor cuidado. Llegando este mandamiento à Domiciano Presidente de Galacia, fue ante él accusado Clemente, diciendo dél que

(a) Dan. 1. 23.

avia traido gran numero de mozos al conocimiento de Christo, y que condenaba el culto de sus grandes dioses. Mandó luego Domiciano traer à Clemente ante sí: el qual procuró primero atraerle con blandas y fingidas palabras y promessas: mas el santo ningun caso hazia, ni de sus honras, ni de sus promessas, ni tampoco de sus amenazas.

Viendo el juez su constancia, quitada esta mascara, comenzó à vomitar la ponzoña que tenia en su corazon: y assi, desnudando al martyr, y amarrandolo à un madero, mandó que le rasgassen las carnes con garfos de hierro.

Desta manera ahondando las heridas, le arrancaron tanta carne, que ya se le parecia la figura y forma de las entrañas, y él estaba tan descarnado y tan cubierto de sangre, que apenas los ojos de los que presentes estaban podian sufrir un tan doloroso espectáculo. Mas el santo martyr ni se alteró en su animo, ni mudó el semblante de su rostro, ni dixo palabra alguna lastimera, ni dió los gemidos que suelen dar los que son atormentados; mas perseverando con mas seguridad que los que presentes estaban, y como si sintiera menos los dolores que los mismos que le atormentaban, ocupaba su animo en dar gracias à Christo su capitan que lo esforzaba. Y aviendose gastado mucho tiempo en este tormento, y estando ya cansadas las manos de los atormentadores, y perseverando él con un esforzado y generoso corazon, pretendiendo el juez quebrantar aquella firme roca: No pienses, dixo, que tú has de ser poderoso para vencer mi fortaleza: porque aunque estén cansados los que hasta aqui te atormentaban, yo mandaré succeder otros de refresco, que acaben de despojarte de toda la carne que queda, hasta descubrir todos tus huesos. Acudieron pues estos de nuevo, y haciendo lo que los passados, hasta cansarse tambien como ellos.

Mas

Mas aquel cruel tyranno maravillandose por una parte de la constancia del martyr, y por otra hallandose corrido y vencido dél, mandó que le desatassen del madero: el qual estaba tal, que hasta los ojos de los verdugos no sufrían verlo: porque estaba despojado de su carne, y solamente parecia hombre, por quedar en él la armazon de los huesos, los quales estaban bañados en sangre. Por lo qual el tyranno desesperado de poderle vencer por via de fuerza, volvió à tentarle con blandas palabras, y assi le decia, que si quiera por un breve espacio diesses algun alivio à aquel miserable cuerpo, y no quisiesse mostrar valentía y esfuerzo en una cosa tan vana, y padecer muerte por ella. Pero el martyr no haciendo caso destas palabras, respondió: Esta muerte con que me amenazas, quitando la vida à mi cuerpo, acarrea la immortalidad à mi anima. Por tanto ya que sabes esta mi determinacion, no cures de palabras, sino pon por la obra todo lo que quisieres, y no dexes de probar todo lo que te pareciere intolerable de sufrir. Entonces el cruel tyranno tomado de su acostumbrada ira, dixo: Este hombre es un animal porfiado: por tanto heridle reciamente en la cara, y en la boca, porque por tener él sola esta parte de su cuerpo sana, usa desta libertad de hablar. Luego entre los verdugos, los que eran mas humanos, le herian con las manos, y otros no osaban tocar en él; porque estaba todo su cuerpo tan desecho que apenas se podia tener en pie: mas los que eran mas crueles, herianle con piedras en la boca. Entonces el martyr dixo: No es este para mí tormento, porque grande honra es del siervo padecer lo que su señor, el qual fue abofeteado, y su siervo Sant Estevan apedreado, y alivia este mi trabajo la imitacion de la passion, y la igualdad de la honra de los que son mayores que yo. Y diciéndo esto levantaba los ojos à Christo su capitan, dando

Tom. IV.

le gracias con toda devocion. Entonces Domiciano perdida la esperanza de vencer al martyr, mandó que le bolviessen à la carcel, y que dos hombres le llevassen del brazo, pareciéndole que no se podria menear por los tormentos passados. Mas aquel señor que confirma los flacos, y levanta los caídos, no quiso que tuviesse él necesidad desta ayuda: mas desechando de sí los que le querian llevar, se fue por su pie à la carcel. Espantado el tyranno de tan grande fortaleza, dixó à los que presentes estaban: Tales soldados avia menester el Emperador, que tuviessem tales espiritus en las cosas arduas. Pero él no será mas presentado ante mi tribunal. Yo le embiaré al Emperador Diocleciano, porque él solo será poderoso para vencerle. Y dicho esto escribió al Emperador todo lo que avia passado, y mandó llevarlo preso de la ciudad de Ancyra à Roma, donde estaba Diocleciano. Viendose el martyr fuera de su ciudad, levantando las manos y el corazon al cielo, comenzó à decir: Señor Dios que ordenas todas las cosas para la salud del genero humano, y nos abres muchos caminos de salud, supplicote por esta mi ciudad, y por las animas que en ella han creído, para que no caigan en el lazo del demonio, ni sean engañadas con el artificio de los tyrannos. No consientas que ellos sean desterrados desta ciudad que los crió, sino tú que bolviste à Jacob à la casa de su padre (a), y le libraste de las manos de Esaú, y heziste que los huesos de Joseph fuesen llevados de la tierra de Egypto à la sepultura de sus padres, tén por bien de bolverme à esta ciudad que me engendró y crió hasta la edad presente, para que assi se le vuelva este su deposito. Hecha esta oracion, comenzó alegremente su camino.

Llegado pues à Roma, y dadas las cartas à Diocleciano, mandó que le presentassen à Clemente. Viendo él su rostro alegre y generoso, y dissimulando

(a) Genes. 32. 33. 35. Exod. 13.

Oo 2

10

lo que tenía en su ánimo, y maravillándose de aver padecido lo que las carnes testificaban, dixo al martyr: Eres tú aquel gran Clemente, que tienes un esforzado y generoso ánimo? Mas fuera razon que esse animo emplearas en cosas grandes, y no en defender essa vana creencia que provoca nuestra ira, y mueve nuestros dioses à venganza, à los quales debes essa fortaleza que tienes, con la qual pudiste resistir à tan grandes tormentos, para que assi viniesses al conocimiento de la verdad. Y diciendo esto, puso delante los ojos del sancto, oro, plata, vestiduras ricas, insignias de magistrados, y dignidades que le prometia, y de otra parte instrumentos para atormentar: que eran manos de hierro, camas de hierro, ruedas, y peynes de hierro, parrillas, calderas, asadores, sartenes, cadenas pesadas, y otra muchedumbre de instrumentos terribles de vér. Y hecho esto mirando al martyr con blando rostro, y mostrando aquellas riquezas le dixo: De todo esto te harémos merced, si adorares nuestros dioses.

Pues apartando el sancto sus ojos de aquellas riquezas, y escarnesciendo dellas, y dando un gran gemido por lo que le avian dicho, respondió: Destruídos sean vuestros dioses, y vosotros con ellos. Entonces el Emperador mirando con rostro ayrado à Clemente, y biviendo los ojos à aquellos generos de tormentos: Estos (dixo él) están aparejados para los que blasphemian de nuestros dioses. El martyr à esto respondió: Si vuestros tormentos como pensais son terribles è intolerables, y vuestros dones resplandescientes y magníficos, quáles os parece que serán los dones de Dios? Y quáles los castigos y rios de fuego que tiene aparejados à los malos? Porque vuestro oro y plata, qué son sino polvo y lodo, y materia vil y sin fruto, subiecta à los ladrones? Y vuestras vestiduras preciosas qué son sino hilos y babas de gusanos, è invencion de hom-

bres barbaros? Tales pues son vuestras cosas. Mas las de Dios, por el contrario, tienen deleytes immortales, y resplandor perpetuo: cá no temen las mudanzas y bueltas del tiempo, ni saben qué cosa es vejez, sino siempre perseveran en la misma flor de su hermosura.

A esto respondió Diocleciano: Pareceme Clemente que hablas bien; y sientes mal; porque con tus palabras tratas de la immortalidad, y por otra parte pones tu esperanza en un hombre mortal, que es vuestro Christo: el qual dicen aver padecido innumerables penas por mano de los Judios, por los quales fue crucificado. Mas nuestros dioses son immortales, y libres de toda molestia y dolor. Verdad es, dixo el martyr, lo que dices, porque cómo han de morir los que nunca vivieron, y cómo han de sentir los que carecen de sentido?

Renuevanse los martyrios del Sancto en el tribunal de Diocleciano.

Indignado el Emperador con estas y otras semejantes palabras, dexa las palabras, y buelverse à los tormentos. Y assi mandó atar el martyr à una rueda, y traerla con grande impetu al derredor, y que en este mismo tiempo azotassen cruelissimamente al martyr con varas. Y quando la rueda le tomaba debaxo, quebrantabansele los huesos, y quando bolvia à lo alto, descargaban los verdugos sobre él sus azotes. Mas él estando en este tormento, bolvióse à Christo diciendo: Señor mio Jesu Christo vén à ayudarme, y levantarame del peso deste tormento, porque me han cercado dolores de muerte (a). Favoreceme señor para gloria tuya, y confession de tu nombre, y para confussion y deshonra de tus enemigos, y para esforzarme à padecer por tí mayores dolores. Hecha esta oracion, luego cessó el movimiento de la rueda, y el tormento de

(a) Psalm. 17.

los azotes, y todas las ataduras se soltaron, y el martyr fue restituido à su primera sanidad. Por donde muchos de los Romanos que assistian à este espectáculo, se convirtieron à Christo, y comenzaron à dár voces diciendo: Grande es el Dios de los Christianos. Mas el martyr decia: Doyte gracias señor mio por aver querido que yo padeciesse en esta gran ciudad, y en presencia de tantos hombres por tu unigenito hijo que tambien padeció por nosotros, y dió su sangre en precio de nuestro captiverio. Y luego contó por sus nombres los sanctos de Roma. En esta ciudad dixo él, Sant Pedro glorificó à Dios, y Paulo lo predicó, y Clemente (cuyo es mi nombre) lo adoró, y el divino Onésimo confessó: por quien ellos tambien padecieron: los quales agora son venerados de los fieles, y de aquí à pocos dias lo serán de los Emperadores. Esto dixo prophetizando el fin y destruición de la idolatria.

Estas palabras encendieron mas la ira de Diocleciano, y por esso mandó que le despedazassen la boca con unas puntas muy agudas de hierro, con lo qual los dientes quedaron movidos, y las mexillas quebrantadas: mas la voz del martyr nunca se réprimió, ni la libertad de hablar se remitió. Y diciendole los verdugos que callasse, él no cessaba de hablar mas alto, hecho como una estatua de metal, que mientras mas golpes le dán, mas suena. Por lo qual fatigado el Emperador, y desconfiado, mandó que lo bolviessen à la carcel. Mas la muchedumbre de aquellos que avian creído, assi hombres como mugeres, por el milagro de la rueda, juntándose todos en uno entraron en la carcel, y prostrándose à sus pies, pedian con grande instancia el divino baptismo. Movidó pues el sancto con esta fé y devocion, baptizó à todos juntamente con sus hijos. Y à la media noche les apareció una vision celestial, que era una luz tan grande, que ni se puede explicar con palabras, ni la suffrian vér los ojos: la qual assi como un relámpago, esclarecia aquella

carcel, y en medio de aquella luz apareció un hombre con muy alegre rostro, vestido de una resplandeciente vestidura, y llegandose à Clemente le puso en las manos un pan, y un caliz, y hecho esto desapareció, dexando à los que alli estaban attonitos y emudecidos con esta vision tan admirable. Y conociendo el sancto varon ser esta la materia del Sanctissimó Sacramento, hechas sus oraciones, y pronunciando las palabras de la consagracion, dió la sancta communión à los que estaban ya baptizados. Viniendo pues otros muchos al sancto, y creciendo el número de los fieles, y haciendo Iglesia de la carcel, los carceleros dieron cuenta al Emperador, el qual mandó que los prendiessen de noche, y si no quisiessen negar la fé de Christo, los matassen sin ninguna remission. Siendo pues todos presos, holgaron mas de perder esta vida temporal, que negar à Christo que nos crió, amó, y murió por nósotros. Y assi salidos fuera de la ciudad, ofrecieron sus hijos al señor como unos sanctos sacrificios, sin que alguno faltasse, sino solo uno cuyo animo era mas juvenil; porqué no quedó por huir de la batalla, sino para pelear con mayores dolores. Este era el admirable Agathángelo, de quien comenzaremos ya à tratar.

Mas Diocleciano mandando traer ante sí à Clemente, y dandole à entender que estaba arrepentido de lo passado, comenzó à alabar al sancto martyr, y tratarle blandamente, para vér si por esta via le podia convencer. Mas viendo que nada aprovechaba, dexada aquella fingida mansedumbre, comenzó à descubrir su pönzoña, è imaginar otro terrible tormento, movido à esto por consejo de un hombre principal llamado Amphion. Y el tormento era, que muchos hombres juntos travassen de sus miembros de tal manera, que los desencaxassen de sus lugares naturales, y demas desto, que quatro verdugos juntamente le estuviessen azorando con nervos secos de toro.

Aviendo pues el martyr sufrido este tormento con admirable constancia, dióxe Diocleciano: *Veo Clemente que eres muy porfiado, mas no pienses que me has de vencer, porque agora te atormentaré con garfos de hierro, porque también tú eres de hierro; y careces de sentido como él, y quizá por esta via te despertaré desse profundo sueño que duermes. Bien dices, respondió el sancto, ó Emperador, que duermo, porque duermo un dulce sueño, adormeciendome Christo los dolores con la esperanza de los bienes advenideros, y esforzandome à padecer por él mayores trabajos: el qual tambien me haze velar y estar atento, para que hable libremente, y predique su sancto nombre. Diciendo esto el sancto, mandó el Emperador à los verdugos que dexassen de azotar al martyr, y lo levantassen en un madero, y rasgassen su cuerpo con garfos de hierro, hasta que le consumiesen todas las carnes, y estuviessen todo desangrado, sin quedar mas que la armazón de los huesos. Hecho esto, mirando el martyr qual estaba, y buuelto al tyranno dixo: No es este el cuerpo que tú despedazas; cá ningun dolor siento quando lo despedazas, porque el cuerpo que me dió la naturaleza, yá quedó consumido con los tormentos passados, sin quedar parte dél: y este nuevo cuerpo que agora despedazaste, me dió mi señor Jesu Christo, y consumido éste, él me dará otro, porque no le faltará materia de que lo haga.*

Dichas estas y otras muchas palabras, mandó el Emperador que le applicassen hachas de fuego ardiendo; las quales eran deleytables al sancto, porque eran luz que le alumbraban sin quemarle. Por lo qual espantado el Emperador de tan grande fortaleza, y bolviendose à los que presentes estaban: Muchos (dixo él) destos malaventurados Christianos tengo atormentados y muertos, mas nunca tal corazon, ni cuerpo tan robusto he visto como este. Por tanto yó determino embiarlo à Nicomedia à Ma-

ximiano compañero de mi Imperio, el qual pienso que tendrá las cosas deste hombre por un prodigio increíble; cá no pienso aver él visto jamás semejante constancia. Y diciendo esto con grande admiracion, mandó que el martyr con sus prisiones fuesse llevado por mar à Nicomedia, para ser examinado de Maximiano, dandole cuenta por carta de lo que avia passado primero con Domiciano, y despues consigo; diciendo que eran cosas que sobrepujaban toda la fé y fuerzas de la naturaleza humana: añadiendo mas, que si le pudiesse vencer, y atraer à su religion (lo qual él no esperaba) le haria gran placer en tornarse lo embiar para muestra de su grande ingenio y prudencia.

Sacan al Sancto Martyr de Roma: passa por Rhodas, y comienza otra nueva batalla por orden de Maximiano el Emperador en Nicomedia.

Sacan pues al sancto de Roma acompañandole muchos de los fieles. Mas quién podrá explicar lo que ellos decian y hazian? Cá unos se prostraban à sus pies, otros le tomaban las manos, otros abrazaban su cuello y lo besaban, derramando amarguissimas lagrimas por aquel apartamiento, otros se untaban con su sangre, y tocaban sus heridas sin poder apartarse de aquel esclarecido varon, mas fuerte que el mismo hierro. Y era tan grande el sentimiento dellos, que hasta los mismos marineros, vencidos de compassion de tan doloroso espectáculo, dieron lugar y tiempo à aquella triste despedida. Llegandose pues yá la hora del navegar, apenas le podian dexar subir en el navio los que le acompañaban, pareciendoles que se les arrancaban las entrañas.

Pero el sancto haciendo oracion por la ciudad y por sí, comenzó à navegar. Mas qué hizo aquel soberano governador para compañía y consuelo de su sancto? Aquel mancebo Agathángelo (de que arriba hezimos men-

mencion, que fue el primero de los que el sancto baptizó en la carcel, y se escapó del martyrio de los otros) estando à la sazón en Roma, usando de toda buena industria, se metió secretamente y escondió en la misma nao. Y navegados yá hasta docientos estadios, estando los marineros ocupados en su officio, y el sancto martyr en un rincón puesto en oracion, llegó à él este mancebo; y prostrado à sus pies, le dixo que él era el primero de los que en la carcel avian sido por él baptizados, y solo escapado del martyrio; y como venia allí inspirado por Dios à serle compañero en sus trabajos. Mas qué hizo aqui entonces el Martyr? Bendecialo, abrazabalo, hablábale con grande benignidad, mostrando tener las entrañas llenas de gozo. Y luego comenzó à dár gracias al Señor por la venida de aquel mancebo, rogandole con mucha eficacia que lo esforzasse, para que fuesse compañero de su confession. Doyte gracias (decia él) Señor mio Jesu Christo, que eres mi unica consolación y ayuda; pues ni en la tierra, ni en la mar me has desamparado, y defendido toda la vida, y recreado mi animo fatigado con los trabajos, y hecho consolador mio por la manera que tú sabes. Porque agora en la mar me has consolado con este mi hermano Agathángelo, el qual con el nombre que tiene, me promete tú favor; porque Agathángelo quiere decir denunciador de buenas nuevas. Por tanto concedeme, ó Rey mio, que él hasta la fin persevere fiel; y que tú le glorifiques con la confession de tu fé, y tú seas glorificado en él.

Esta manera estaban los sanctos dia y noche en oracion sin desayunarse; porque ningun cuidado avian tenido de hazer alguna provision, como personas que traían el pan vivo, y el agua de la gracia en sus animas, con que se sustentaban. Mas compadesciendose los soldados y marineros de tan largo ayuno, y ofreciendoles de comer, dieronles gracias por la buena voluntad que les mostraban, mas no quisieron tomar nada

dellos, diciendo que lo esperaban de Dios, lo qual assi se cumplió. Porque no avia de faltar la providencia de un tan fiel Señor à tan fieles siervos. Y assi à prima noche les provéyó de mantenimiento por ministerio de los Angeles. Passados muchos dias en la navegacion llegaron à Rhodas, y desembarcandose muchos de los que navegaban para proveerse de lo necessario, rogaban los sanctos à los que quedaban en su guarda les diessen licencia para ir à la Iglesia de los Christianos. Era entonces dia de Domingo, y los Christianos que moraban en la Isla avian acudido à la Iglesia, y no faltó entre ellos uno que reconoció à Clemente, y lo hizo saber al Obispo de la Isla que se llamaba Photino: el qual sin detenerse, tomando consigo muchos de los fieles que estaban en la Iglesia, llegó al puerto, y rogando à las guardas con grande instancia, que les quitassen las prisiones, y los dexassen venir à la Iglesia, alcanzó dellos lo que pedia. Y dando gracias à Dios, los llevó à la Iglesia, y abierto el libro de los Evangelios, la primera cosa que se leyó, fueron aquellas palabras del Salvador: No queráis temer à los que pueden matar el cuerpo, y no pueden matar el anima. Con esta palabra se infundió en el corazon de los sanctos una dulcedumbre divina, y levantando los ojos y las manos al cielo, hazian oracion con lagrimas de alegría: con lo qual enternescidos los animos de los que los veían, derramaban tambien muchas lagrimas. Luego aquel piadoso y sancto Obispo rogaba à Clemente que celebrasse los sagrados mysterios, y haziendo él este officio, vieron (los que merecieron verlo) una brasa muy resplandeciente puesta en el altar, y muchos Angeles rebolando encima della; y los que presentes estaban se postraron en tierra, no pudiendo sufrir con la vista tan grande resplandor.

Corriendo esta fama por la ciudad, acudieron muchos de los infieles, trayendo consigo sus hijos y parientes enfermos, echandolos à los pies del sancto,

to, y otros tocaban sus manos, y assi quedaban libres y sanos de enfermedades incurables: con lo qual tambien fueron curadas muchas animas de los Gentiles, viniendo por este medio en conocimiento de la verdad.

Espantados los soldados de tan grande afficion como todá aquella ciudad tenia à Clemente, y recelando no intentassen alguna novedad con que el sancto escapasse de sus manos, buelven à echarles las prisiones, y llevarlos al navio. Y sucediendoles buen tiempo, passando el mar Egéo, llegaron à Nicomedia donde estaba Maximiano: el qual recibidas las cartas del Emperador que daban cuenta de lo passado, y viendo el semblante del sancto (en el qual ninguna cosa vil ni baxa se mostraba) y conjeturando por su rostro la grandeza de su animo, no se atrevió à examinarle, sino fingiendo algunas causas y ocupaciones de guerra, cometió este negocio à un Presidente, por nombre Agripino. El qual mandando parecer ante sí al martyr, le preguntó si él era Clemente; y respondiéndole que sí, y que era siervo de Christo, mandó à los soldados que le diessen un gran pescocozon, diciendole que se llamasse siervo de los Emperadores, y no de Christo. Pluguiessse à Dios (dixo el martyr) que todos vuestros señores y Emperadores se llamasen siervos de Christo, y todas las gentes le sirviessen y obedeciessen, y no sirviessen à la maldad de vuestra supersticion. Encendido el Juez con esta respuesta, y concibiendo mayor ira de la que con palabras podia explicar, bolvióse à Agathángelo, y preguntóle: Tú quien eres? Porque no haze mención de tí la carta de Diocleciano. Entonces él mirando al cielo, y mirando à Clemente, porque de ambas partes esperaba socorro: Yo (dixo él) por la gracia de Dios soy tambien Christiano, y por medio de Clemente siervo de Christo alcancé este bienaventurado nombre. Luego el Juez mandó levantar à Clemente en alto, y herirlé y cortarle los miembros, y al

Agathángelo mandó azotar cruelissimamente con niervos de toro. Mas Clemente sufriendo su tormento con grande y generoso corazon, sin hazer caso de sus llagas, hazia oracion por sí y por el compañero. Entonces el juez cessando deste castigo, y poniendolos en la carcel, mandó que se aparejassen para otro dia en el theatro muchas diferencias de bestias fieras muy cruces. Entre tanto los sanctos estando en la carcel, perseveraban con grande atencion en la oracion; à los quales viniendo los Angeles los esforzaban y animaban al martyrio. Mas los presos que estaban por otras causas en la carcel, viendo la perseverancia de aquella oracion, y espantandose de la venida y consolacion de los Angeles, derribaronsse à los pies de los sanctos, rogandoles que les diessen conocimiento de Christo, y que no les tuviessen por indignos de que ellos tambien lo confessassen. Estuvieron pues los sanctos hasta la media noche enseñandolos, y doctrinandolos, y amonestandolos, hasta que los dexaron muy bien instruidos y confirmados en la fé, y purificados con el sancto bautismo. Luego Clemente con su oracion abrió las puertas de la carcel, y despidió todos los presos con mucha alegría suya y dellos, quedandose él con su compañero solo en ella.

Este hecho alteró grandemente al juez, y mandando sacar los sanctos al theatro, él, primero como leon rabioso comenzó à bramar contra ellos, y luego mandó sacar los leones, y otras bestias fieras, las quales ningun mal hizieron à los sanctos, antes los miraban con ojos alegres, y les lamian las manos, y los abrazaban, como hazen los perrillos quando sus señores vienen à sus casas de lexas tierras. Lo qual al juez fue causa de grande admiracion y espanto, y desesperacion de poder vencer à los sanctos: mas à ellos fue causa de glorificar à Dios, diciendo: Gloria sea à tí Christo, por quien las bestias fieras nos tuvieron acatamiento, y hiziste con no-

sotros lo que con Daniél en el lago de los leones (a), pues lo mismo heciste con nosotros como verdadero Dios de Daniél.

Mas no por esto perdió nada de su furor aquella bestia fiera, antes mandó que tomassen unas alesnias largas y agudas y encendidas, y se las hincassen por las manos entre dedo y dedo hasta llegar à la muñeca del brazo. Y no contento con esto mandó que les hincassén otras debaxo de los sobacos, que penetrasen hasta los hombros. Mas el pueblo que presente estaba, no pudiendo sufrir tan grande inhumanidad, y por otra parte espantado cómo los sanctos pudieron resistir à tan grandes dolores, sin perder la vida con ellos, se alborotó de tal manera que comenzaron à apedrear al tyranno, y dár voces diciendo: Grande es el Dios de los Christianos. Con esto el juez echó à huir, y los martyres se subieron seguramente à un monte por nombre Pirami. Mas el tyranno los anduvo buscando muchos dias, y finalmente los halló. Y luego mandó que todos los devotos de sus dioses acudiesen à aquel monte: y puesto él en su tribunal, y traídos ante sí los sanctos: Por qué (dixo él) con vuestros hechizos y encantamientos alborotastes el pueblo, y hezistes que se levantassen contra nos, y maldixessen nuestros dioses? Nosotros (respondieron los martyres) nada de eso hizimos, sino callando nosotros, la fuerza de la verdad les dió conocimiento de Dios; y assi lo predicaron à grandes voces como tú lo viste. Por tanto si tienes otro tormento que executar en nosotros, no lo dilates, porque él es poderoso para librnarnos de tus manos. Entonces el tyranno usando de otra nueva crueldad, mandó estender los sanctos sobre una gran piedra que estaba en aquel monte, y quebrantar sus huessos, hiriendolos reciamente con unos maderos. Y hecho esto, los metió assi quebrantados en unos sacos, atando à la boca dellos una grande piedra, y desta

Tom. IV.

(a) Daniel. ut.

manera los mandó arrojar de lo alto del monte por la ladera abaxo, por la qual iban rodando, y no pararon hasta caer en la mar que llegaba à raíz del monte. Los que presentes estaban, creyeron que luego espirarian: y con esto algunos de los fieles se llegaron à la playa, para vér si podian coger algunas reliquias dellos. Mas, ò admirable potencia y providencia tuya Christo rey nuestro: porque aviendo estado los sanctos por largo espacio debaxo del agua, aparecieron los sacos viniendo sobre el agua, y allegandose à la ribera, y desatandolos, hallaron todos sus miembros sanos y sin alguna lision. Y no contento aquel piadoso Señor con este favor y regalo, à la media noche embió sus Angeles para que los recreassen del trabajo passado, y les proveyessen de mantenimiento. Dende aí vinieron à la ciudad, y contaron à los fieles las maravillas de Dios, y levantando las manos al cielo le daban gracias de todo corazon.

§. IV.

De como volvieron los Sanctos à su patria: multiplicanse los tyrannos, y se inventan nuevos tormentos.

SAbido esto por el Presidente, y viendo por experiencia que era imposible vencer los sanctos, y que muchos de los Gentiles, viendo estos milagros, se convertian à Christo, no se atrevió à passar adelante; sino hizo saber al Emperador Maximiano lo que passaba, diciendo, que los martyres eran naturales de la ciudad de Ancyra. Sabido esto por el Emperador, y recelando este combate, tomó de aqui occasion para embiarlos à su patria, encargando este negocio à un Presidente que allí estaba, por nombre Curicio, diciendo: Justo es que la tierra que los engendró, los tenga y castigue. Desta manera la divina providencia cumplió lo que su sancto le avia pedido, que era acabar la vida en su patria donde era Obispo,

Pp

des-

despues de aver corrido tantos mares y tierras. Llegado à la ciudad, entra el sancto con grande alegria, diciendo: Gloria sea à tí Señor mio Jesu-Christo, que oíste mi oracion, y me volviste à mi patria, y al sepulchro de mis mayores; y mas con este fruto de Agathángelo compañero de mis trabajos.

Presentados los sanctos ante el Presidente Curicio, tentó él primero de atraerlos con blandas palabras y alabanzas, concluyendo su largo razonamiento, diciendo que sacrificassen à sus dioses, pues no podian dexar de padecer no lo haciendo. A esto respondieron los sanctos: Para qué nos amenazas con trabajos, pues estos por amor de Christo nos son deleytes? Ni tenemos compasion de nuestros cuerpos, sino de vuestras animas miserables; pues servís à unos dioses que ningun sentido tienen.

Embravecido con esto el juez: Pues tanto (dixo él) os holgais con los trabajos, yo seré en esta parte muy liberal para con vosotros. Y haciendo encender un hierro puntiagudo, mandó hincar debaxo de los sobacos de los sanctos; y atandoles fuertemente los brazos, y hincando dos maderos en tierra, mandó atar à Clemente en el uno, y à su compañero en el otro, y los verdugos los herian agriamente en todas las partes de su cuerpo. Entonces el juez escarneciendo dellos preguntó si sentian aquellos tormentos. Al qual Clemente respondió lo que dice el Apostol (a): Quanto mas se corrompe nuestro hombre exterior, tanto mas se renueva y perfecciona el interior. No contento con esto el tyranno, mandó encender un capaceite, y assi encendido lo hizo poner sobre la cabeza de Clemente: y luego el humo de las carnes abrasadas comenzó à salir por la boca y por las narizes y oídos. Entonces el sancto dando un grande gemido, y llamando à Dios: O agua viva (dixo él) y lluvia de nuestra salud, embíame Señor una gota de tu rocío: y pues antes nos sacaste del

agua, agora nos saca del fuego y nos dá tu refrigerio: y diciendo esto, poco à poco se fue enfriando el hierro, y los que herian à Agathángelo se cansaron. Aquí el tyranno espantado y atemorizado de lo que veía, mandó soltar los sanctos y llevarlos à la carcel, disimulando la perplexidad en que estaba, con color de misericordia.

Mas aquella sancta Sophía (la qual diximos aver prohijado à Clemente, y hecho con él officios mas que de madre) viendo como despues de tan largo tiempo avia vuelto à su patria con el resplandor y hermosura de su gloriosa confession, no cabia en sí de placer, esperando luego la corona que le avia de venir del cielo. Vino pues de noche à la carcel, y abrazando à Clemente y derramando muchas lagrimas, besaba con grande devocion sus manos y su rostro, y todos aquellos sagrados miembros, pidiendole que le diese cuenta de todos los caminos y trances que avia pasado. Y dando él razon de todo esto, ella con unos lienzos alimpiaba la sangre y las heridas del sancto, y luego le dió de comer de los manjares que acostumbraba él comer en su casa.

Desesperado pues el juez de poder vencer tan grande constancia, salióse afuera y encomendó el negocio à otro juez de los Amessenos por nombre Domicio. Mas la sancta madre Sophía no podia apartarse con el cuerpo de los que tenia abrazados en su corazon: y assi vino muy alegre con aquellos moachos, que como ya diximos, Clemente avia baptizado y doctrinado.

Sabido esto por Maximiano, mandó que si los moachos se apartassen de Clemente los dexassen libres; y donde no, que los matassen. Dada esta sententia los soldados trabajaban apartarlos por fuerza del martyr, mas ellos resistian à esto quanto podian, arrojandose en tierra, y abrazando los pies del sancto con mayor constancia y prudencia de lo que pedia aquella edad: y assi todos

(a) 2. Cor. 4.

alli quisieron antes morir que apartarse de su maestro. Mas la piadosa Sophía, por el grande amor que les tenia, tomó muy à cargo la sepultura de los muertos: y assi con gran dolor se apartó de Clemente y de su compañero por entender en la sepultura destes innocentes, diciendo, que Dios daria orden como volviessen à aquella tierra. Llegando pues los martyres à la ciudad de los Amessenos, y haziendo oracion à Dios con devotas lagrimas para que les ayudasse en esta nueva batalla, fueron presentados ante el sobredicho Domicio. Pero ellos estaban tan lexos de rehusar los tormentos, que pretendian atraer à la fé al mismo juez. Sobre lo qual hizo Clemente un tan divino razonamiento, que el compañero Agathángelo lleno de alegria se derribó à sus pies, y levantandose de alli lo abrazó y besó su faz con grande devocion. Mas el tyranno como estaba ciego y obstinado en su error, tomó las armas para pelear contra ellos. Y para esto apartó el uno del otro para que estuviessen mas flacos. Pero esto le sucedió al revés; porque aunque estaban apartados con los cuerpos, estaban juntos con los espiritus. Mandó pues este tyranno que se hinchiesse una cisterna de cal viva, y que arrojassen en ella los sanctos, y puso à la boca dos soldados en guarda para que de noche no los sacassen de aí los Christianos: no sabiendo el loco que el que guardó los tres mozos del horno de Babylonia (a), guardaria aqui sus siervos como lo hizo: y assi estuvieron alli todo el dia (que era un Viernes Sancto) sin recibir daño alguno. Y no contento con esto, resplandesció sobre ellos toda la noche siguiente una lumbré del cielo. Lo qual viendo los dos soldados que los guardaban, movidos por el milagro de aquella luz, recibieron otra mas excelente luz en sus animas con tan grande fé y devocion, que saltaron en la misma cisterna, y se juntaron con los sanctos. Luego por

Tom. IV.

la mañana, creyendo el tyranno que estaban ya muertos, y mandando sacar sus cuerpos de la cisterna, hallaronlos vivos y sanos y con alegre rostro, y à los mismos dos soldados con ellos, cuyos nombres eran Phegon y Eucarpo: los quales por mandado del tyranno fueron luego crucificados, honrandolos la divina bondad con la imitacion de la muerte de Christo, y corona de martyres. Mas Clemente y su compañero pasaban su carrera: y el tyranno mandó que les sacassen dos correas de las espaldas, y los azotassen cruelmente. Y viendo que nada desto aprovechaba, mandó traer dos lechos de hierro, y poniendoles mucho fuego debaxo, y echando sobre ellos azeyte hirviendo, y pez derretida, y piedrazufre, pareció al tyranno y à todos que serian muertos: y assi los mandó quitar destas camas, y echar en el rio. Mas ellos dormian en ellas un dulce sueño, en el qual les apareció Christo acompañado de Angeles, diciendoles que no temiessen, porque él estaba con ellos. Viendo esto Domicio, y espantado de lo que avia visto, y no sabiendo ya qué mas hazer, vuelvelos à embiar à Maximiano, que de Tarso avia venido à Ancyra. Ván pues los sanctos este camino, siguiendolos junto con los soldados de guarda muchos fieles. El camino era largo y desierto, y tan falto de agua, que padecian todos gran trabajo de sed. Mas el sancto martyr lleno de una vivissima fé y confianza, hizo oracion à nuestro Señor, y à la hora rebentó una fuente en aquel desierto con que todos fueron recreados. A la fama deste milagro concurrieron todos los enfermos de aquella comarca, y à todos dió entera salud el martyr tocandolos con sus manos.

Y considerando este sancto las maravillas que Dios obraba à cada hora por él, y con cuánto regalo y providencia acudia al tiempo de las mayores necesidades, encendióse en su corazon

Pp 2 una

(a) Daniel. 3.

una tan grande llama y fuego de amor de Dios, y una tan grande sed y deseo de padecer por un tan bueno y tan fiel Señor, que hizo una oracion devotissima suplicandole con grande instancia que todos los dias que viviesse, siempre padeciesse trabajos y dolores por su amor; sacrificando todos los miembros de su cuerpo en su servicio. Y acabada esta oracion, parecióle que oía una voz de lo alto, que le decia: Concedido se te ha Clemente lo que pediste: esfuerzate y aparejate para passar constantemente esta carrera; y por que con el tiempo que has batallado, y con el que te queda por passar, se te contarán veinte y ocho años de martyrio. Alegre pues con esta respuesta el sancto, caminaba para An-cyra: y sabiendo los soldados que todavia el Emperador estaba en Tarsis lugar de Cilicia, llevaron alli los sanctos y presentaronlos al Emperador. El qual comenzó primero à tratarlos con palabras blandas y grandes promessas, pretendiendo atraerlos à su falsa religion. Mas ellos por el contrario pretendian con palabras divinas atraerlo à la suya, prophetizando que los successores de su Imperio avian de ser honradores de Christo. Indignado con esto Maximiano, y dexadas muchas palabras que se passaron de parte à parte, mandó hazer una gran hoguera y echar en ella los sanctos. Mas el Señor que guardó aquellos tres sanctos mozos en el horno de Babylonia (a), guardó tambien à estos de tal manera, que estando ellos dia y noche en aquella hoguera, nunca el fuego pudo dañar aquellos miembros dedicados à Dios: reconociendo y honrando la criatura à los siervos de su Criador. Espantado Maximiano desta maravilla, y viendo como los sanctos estaban en medio de la hoguera levantadas las manos y los ojos al cielo, dando gloria à Dios, mandólos sacar de alli, y presentados ante su tribunal: Ruegoos (dixo) que si quiera en esto me hagais la voluntad: que es, hazerme saber con qué linage de

(a) Daniel. 3. (b) Eccli. 51. Esai. 42.

encantamientos aveis reprimido la virtud del fuego. No (dixeron ellos) ò Emperador, con encantamientos, sino con la virtud de aquel Señor que nos prometió diciendo (b): Estando en el fuego no te quemarás. Entonce el tyranno mandó à los verdugos que publicamente los arrastrassen y hiriesen hasta matarlos. Mas tambien estò sucedió mal al tyranno; porque viendo muchos de los Gentiles, por una parte la generosidad de aquellos corazones, y la libertad con que hablaban al Emperador, y su fortaleza y constancia invincible, y por otra considerando que entre tantos tormentos conservaban la vida; reconociendo aqui el dedo y la virtud de Dios, renegaban de sus dioses y se volvían à Christo. Luego el Emperador no sabiendo ya mas que hazer, mandó que assi como estaban atados los llevassen à la carcel, y estuviessen por espacio de quatro años en ella presos; pareciendole que el tiempo y la prision tan larga domaria à los que ni el fuego ni el hierro avian podido domar. Passados los quatro años salieron de la carcel muy esforzados para su confession: por que el deseo y amor de Christo, y la esperanza cierta de los bienes advenideros les hazia parecer la carcel un palacio real. Sabido esto por Maximiano, desconfiado de la victoria, y dando à entender ser estos hombres indignos del tribunal Imperial, no se atrevió mas à examinarlos: y por esto cometió el examen à un cruelissimo sacerdote de los Idolos, muy exercitado en atormentar Christianos, y grande official de pervertir corazones. A este cometió este cargo: y para mas incitarle à todo genero de crueldad, dióle à entender que los juezes passados avian sido vencidos mas por su propia flaqueza, que por el esfuerzo y animo de los sanctos. Comenzó luego este official de Satanás à usar de las artes que su maestro el demonio le avia enseñado, acometiendo à los sanctos ya con promessas, y con amenazas, ya con

con blandura de palabras, y con muestras de amor y buena voluntad, dandoles à entender que le pesaba de sus trabajos passados. Mas viendo que nada desto aprovechaba, mandó que azotasen tan cruelmente las espaldas y hombros de los sanctos, de tal manera, que consumida toda la carne se les parecían las junturas y armazon de los huessos. Y acabado este tormento, viendo que los sanctos por su pie se volvían à la carcel, corrido de verse vencido, y quasi desmayado, fue llevado por los brazos à su posada. Y caminando los sanctos à la carcel, acudieron de todas partes los fieles à coger las reliquias de los pedazos de la carne y sangre que dellos corria, como un precioso thesoro. Aquí tambien el mal sacerdote con todos sus artificios y engaños, desconfió de poder vencer los sanctos. Sabido esto por Maximiano hizo burla del sacerdote, diciendo: Este es el que me alababan?

Renuevanse otros tyrannos: y del fin desta gloriosa batalla y martyrio de los sanctos.

Estaban muchos hombres principales à la sazón con el Emperador: entre los quales uno por nombre Maximo, movido con ira y saña por lo que oía, rogó al Emperador que le entregasse los sanctos; porque él tenia confianza que los sacaria de su proposito, ò à lo menos los mataria. Este fue el octavo tyranno. Y entremetiendose algunos dias en medio, trataba con ellos muy amigablemente, vendiendoseles por muy grande amigo, y que como tales queria dar consejo saludable. Y llamandolos ante sí: Dios os salve (dixo) hombres amados de los dioses immortales, los quales os tienen en lugar de hijos muy queridos. Cá muchas vezes hablaron conmigo y me aparecieron en sueños, reprimiendo la ira que tenían contra vosotros, no por otra causa; sino porque esperan la mudanza de vuestro proposi-

to, que de aqui à poco será; como esta noche passada me lo reveló el grande Dios Dionysio, y me mandó que os llamasse. Veis aqui pues el altar aparejado, y tambien los sacrificios: por tanto llegad y sacrificad à los que tanto os aman. A esto respondieron los sanctos: Falso es ò juez lo que dices, porque aquí no conoscemos mas que dos Dionysios, uno de piedra, y otro de metal, y ninguno destos es immortal; porque ninguno tiene vida ni sentido: y el uno se puede quebrar ò convertir en cal, y el otro fundirse para hazer dél vasos de servicio.

Viendo pues el tyranno que no servian sus artes passadas sino para poner macula en sus dioses, quitada la máscara de amigo descubrió la de enemigo. Y así mandó hazer una cama sembrada de muchas puas muy agudas, de un pie en alto, y hizo acostar de espaldas à Clemente sobre ellas, y mandó à los verdugos que con palos gruesos le estuviessen hiriendo reciamente en el vientre, y en los pechos, para que assi se le hincassen mas las puas en las espaldas. Mas con todo este tormento el sancto varon, ni perdió la vida, ni la confianza en la promessa del Señor, que le prometió que con ningún tormento destos moria. Mas al compañero Agathángelo mandó echar plomo derretido sobre su cabeza: lo qual él sufrió con admirable constancia. Por donde assi el tyranno como los demás que con él estaban, espantados de vér vivo à Clemente, estando su cuerpo por ambas partes despedazado, y tan desfigurado que no parecia ser hombre, sino porque hablaba, apenas podian creer lo que veían. Pero el martyr mirando al tyranno le dixo: Agora conoseerás que no solo nuestro cuerpo pelea contra vosotros, sino tambien nuestro Dios; pues por singular providencia suya no consiente que el anima se parta de nuestros cuerpos.

Desesperado pues ya este tyranno, hizo saber todo lo que avia passado à su Emperador: el qual mandó que los sanc-

sanctos fuessen encerrados en la carcel, y que no se les diese de comer para que assi muriessen de hambre.

Però con todo esto los malvados, teniendo tan larga experiencia de la fortaleza de los sanctos, no perdian la esperanza de vencerlos. Porque estando presente con el Emperador Aphrodisio, natural de Persia, quando se le daban estas nuevas (el qual avia martyrizado muchos Christianos) parecióle que alcanzaria grande gracia con el Emperador si acabasse lo que ninguno de los otros jueces avia acabado. Y para esto combidó à los sanctos à una magnifica cena para aliviar con esto los trabajos passados, y atraerlos à sí blandamente con este regalo. Mas ellos, como muy devotos de la virtud de la abstinencia, dixeron que se mantenian con pan del cielo, del qual quien comiere no padecerá mas hambre, sino vivirá eternamente; porque allí se nos está aparejada una buena cena. Enojado el tyranno con esta respuesta: Vuestra cena (dixo él) será muerte con dolor: à la qual yo os combidare mañana.

Mandó luego otro dia traer dos piedras de atahona, y atallas à los cuellos de los sanctos, y traerlos arrastrando por medio de la ciudad, dandoles otros de pedradas, y diciendo los pregoneros con voz alta: Obedeced à los dioses y à los Emperadores, y quien esto no hiziere assi será castigado. Esto hazia el tyranno por quebrantar los espiritus de los sanctos, y levantar la ciudad contra ellos. Mas salióle en blanco su esperanza. Cá viendo los Gentiles el alegría del rostro dellos, y la fortaleza de sus cuerpos, que con tantos dolores todavia estaban vivos, teníanlos por hombres impassibles è immortales, y assi dexada la Idolatría, glorificaban al Dios que tal fortaleza y animo les avia dado. Y viendose el juez yá del todo desesperado, escribió al Emperador lo que passaba. El qual perdida tambien la esperanza, condenólos à carcel perpetua, para que assi enflaquecidos acabassen la vida.

Estando pues mucho tiempo en la carcel, muchos otros fieles padecieron martyrio antes dellos. Mas las guardas de la carcel cansados de aquella guardia tan prolixa, fueron à otro nuevo Emperador por nombre Maximino (que entonces comenzaba à imperar) à preguntarle qué mandaba hazer de aquellos Christianos presos que parecian immortales. El tyranno blasphemando primero de sus dioses, porque no avian podido quitar la vida à aquellos sus enemigos, y preguntando de dónde eran naturales, y sabiendo que eran de Ancyra, embiólos à Lucio, que era Presidente en aquella tierra. Y con esto Dios nuestro Señor rodeó las cosas de tal manera, que despues de tantos caminos viniessen à cumplirse la peticion de Clemente, que era acabar la vida en su patria. Llegados à ella, el juez sin hablarles palabra los encerró en la carcel, atandolos de tal manera, que estaban como envarados sin poderse mover, ni estender las piernas. Y el dia siguiente, llamando à Agathángelo le dixo: Yo sé que tú no por ignorancia, sino por la facilidad y simplicidad de condicion te dexaste engañar deste Clemente: pues de essa misma facilidad debes agora aprovecharte para hazer nuestra voluntad, y corresponder à la significacion de tu nombre, dandonos buenas nuevas con la mudanza de tu conversion. A esto respondió Agathángelo: Esta constancia que vees en mí, no nasce de essa facilidad è simplicidad que dices, porque si yo essa tuviera, cómo pudiera resistir à tantos jueces, y al mismo Emperador, y à tantas invenciones de tormentos con que nos pretendiades vencer, y à tantos artificios de promessas y palabras con que nos queriades engañar? Assi que no debes llamar esto facilidad, sino verdadera sabiduria: la qual tiene mas cuenta con los bienes eternos que nunca se mudan, que con estos temporales que cada dia ván y vienen: y esta nos haze despreciar vuestros falsos dioses, y adorar al verdadero Dios, y por esta causa tenemos la

muer-

muerte por un sueño que passa. Assi que no es solo Clemente el que me ha convertido, sino mucho mas Christo que por medio dél me llamó. Ni él me engañó, sino antes me libró del engaño en que vivia. Y assi ruego à Dios que desengañe à vosotros, para que desta manera os sea yo alegre mensagero de la verdad.

Visto el juez quan mal le avia sucedido este primer encuentro, mandó hincar al sancto unas puas muy encendidas por las orejas, y aplicarle unas hachas ardiendo por los lados. Lo qual todo suffria el martyr fuertemente haciendo oracion y diciendo: Señor mio Jesu-Christo, no permitas que yo sea privado del fructo de aquellos bienes immortales, sino dame fortaleza y paciencia, para que acabada esta jornada de mi confession me juntes con tu siervo Clemente, y con todos aquellos que por tu glorioso nombre pelearon. Oyó el Señor dende lo alto esta peticion. Por lo qual viendo el juez que era por demás todo quanto hazia, apartando al martyr à un lugar por nombre Criptos, le mandó cortar la cabeza à los cinco dias de Noviembre, aviendo primero batallado con dos Emperadores, Diocleciano, y Maximiano, y con los magistrados Agripino, Curicio, Domicio, y con el sacerdote de los Idolos, y con Maximo, Aphrodisio, y Lucio.

Mas aquella piadosa y sancta madre Sophia, que entrañablemente le amaba, despues que vió el fin glorioso de su martyrio, y se vió libre de los cuydados y temores que por él padecia, abrazó su cuerpo con grande alegría, y le sepulció à la entrada de una Iglesia que allí avia. Pero el sancto Clemente sabido el fin glorioso de su fiel discipulo y compañero, no cabia en sí de placer, glorificando à Dios por este beneficio.

Mas el cruel tyranno no contento con tener de aquella manera preso y apiolado al sancto, mandó que cada dia le diessen ciento y cinquenta heridas en el rostro y en la cabeza. Y padeciendo él esto cada dia, todo su cuerpo y el

suelo estaba bañado de sangre. Mas de noche acudieron los Angeles con una grande luz y claridad, y curaron sus llagas. En esta sazón la piadosa y sancta madre Sophia, que de todo corazon amaba aquel sancto que ella avia prohibido, encendida con un grande zelo del amor de Christo, juntando consigo todos sus familiares, y los mozos que ella avia criado, entrando en la carcel desató al martyr y le sacó della. Y luego le vistió de una ropa blanca, y ella tambien en señal de alegría se vistió otra del mismo color, poniendole en la mano el Sancto Evangelio, y con muchas velas encendidas, y perfumes olorosos entró con él en la Iglesia, proveyendo quien le llevase de un brazo para poder andar. Y sintiendo Clemente en este camino que el Señor le queria llamar, levantando una mano à lo alto (porque en la otra tenia el Evangelio) hizo primero oracion por su madre Sophia, y luego por sus clerigos y pueblo, y por todos aquellos que despues de su acabamiento pidiessen à nuestro Señor mercedes por él. Y desta manera entró en la Iglesia cerrando todos con mucha diligencia las puertas, por temor de los adversarios. Amanescido pues el dia glorioso de la Epiphania, celebró el sancto Obispo los sagrados mysterios, y dió el divino sacramento à los que estaban aparejados, y los recreó con las palabras de su doctrina. Y como ellos estuviessen temerosos de la violencia de sus contrarios, los esforzó diciendo, que ninguno dellos pereceria, mas dos de vosotros juntamente conmigo partiremos desta vida, y luego cessará esta rabia y furor de los Gentiles, y succederá una nueva paz en el Imperio de los Romanos, y todas las ciudades y tierras se hinchirán del conocimiento de Christo, y se abrirán las Iglesias, y cerrarán los templos de los Idolos, y huirán los que los adoran, y perescerán los temores que vosotros agora padecéis: y esto se cumplirá muy presto, y algunos de vosotros lo vereis.

Diciendo esto el martyr, la sancta So-